

# El pecado y una aspiración a la redención

*Don Luigi Giussani, El sentido Religioso, Capítulo XIII*

*Como lo vimos en el segundo encuentro de esta parte, titulado « el Drama de la Libertad », el hombre es dotado de una libertad imperfecta, capaz de ponerse en medio de su camino hacia su destino. El mal se presenta a esto como una alternativa posible a la luz, poniendo el hombre en una actitud de rechazo, de desconfianza enfrente a la realidad. Y, este último punto de nuestra consideración sobre la libertad nos conduce a una constatación más angustiada todavía, a la luz de la antropología cristiana: el hombre es puesto no solamente frente a la posibilidad del mal, está contaminado, colocado en una posición de fragilidad constitutiva que la Iglesia nombra pecado original. He aquí pues el último paso atravesado hacia la hipótesis de la Revelación, donde se ve que el hombre es ni siquiera espera, nostalgia, eventualidad, sino que sobre todo grito.*

## **La hipótesis de la revelación: condiciones para que sea aceptable**

Nuestra naturaleza exige la verdad y su plena realización, es decir, la felicidad. Todo movimiento del hombre, haga lo que haga, está dictado por esta urgencia que lo constituye. Pero el hombre, cuando llega al borde extremo de su propia experiencia de vida, no encuentra todavía lo que ha estado buscando; en la frontera de su territorio vital no ha encontrado todavía respuesta a esa exigencia. Y el aparente muro que supone la muerte pone bien de manifiesto la realidad de esta observación.

Es aquí donde se dispara la cuestión. Porque es precisamente por su misma naturaleza, para no suprimir su propia naturaleza, por lo que, al llegar a este punto, nuestra razón, nuestra humanidad, intuye la respuesta que lleva implícita en su propio dinamismo, una respuesta que existe por el mismo hecho de existir la exigencia de ella. Sería necesario decidirse por una irracionalidad total, por una innaturalidad total, para poder suprimir la determinación con que nuestra naturaleza intuye que este significado último, esta dependencia total, tiene efectivamente un término de referencia, aunque éste se halle —usemos incluso una palabra dramática— «desesperadamente» más allá, aunque radique en el más allá, *trans*, aunque sea «transcendente», «absoluto», es decir, que no esté ligado al tiempo ni al espacio, ni a ninguna de las medidas que podamos usar de la razón, la fantasía o la imaginación.

La existencia de esta incógnita suprema de la que todo depende en la historia y en el mundo es la culminación y al mismo tiempo el vértigo de la razón. Pues ello significa que idealmente, el hombre, el que quiera vivir la capacidad de su grandeza hasta el fondo, debería ser un hombre que estuviera a plena merced de ella, con toda su voluntad de vida, con todo su afecto a lo real, instante tras instante, totalmente pendiente de esa Incógnita suprema, de este absoluto Ignoto, inalcanzable, indescifrable, inefable. Pues éste, ¿cómo manifiesta al hombre su voluntad, cómo comunica al hombre su plan inteligente que asegura el significado de todo? Esa comunicación tiene lugar a través de la aparente casualidad de las circunstancias, de los condicionamientos banales que definen cada instante del hombre.

¡Qué paradoja! Para seguir la absoluta luz del significado sería necesaria una obediencia permanente en cada instante, como quien navega en la niebla más absoluta; obedecer en cada instante a

la cosa más aparentemente irracional, las circunstancias, que el viento del tiempo vuelve absurdamente cambiantes.

Es necesario tener un gran coraje; como el de Jacob, del que hemos hablado anteriormente. Toda la noche, es decir, todo el tiempo de la existencia vivido en tensión con esta Presencia inalcanzable, indescifrable, cuyo rostro no se conoce. Al hombre le da mareo, le entra vértigo.

Por eso la historia es como una gran película que narrara todo este decaer humano. A pesar del impulso ideal que le provoca, el hombre recae dentro de los límites de su propia experiencia, dentro del horizonte de su existencia. Pues, como no podemos vivir cinco minutos sin afirmar de algún modo el *quid* último por el que está valiendo la pena vivir esos cinco minutos, esta inexorable exigencia urgente de significado nos produce como un ansia, un miedo, un terror, y el terror es mal consejero del hombre. Entonces es como si se aferrara a su dimensión existencial de una manera excesiva; como uno que está a punto de ahogarse se aferra históricamente a quien tiene cerca. Y así se siente llevado a identificar el absoluto, lo seguro, con algo que ya ha experimentado en su existencia, a identificar aquello por lo que en definitiva vale la pena vivir con algún aspecto, con el aspecto más tranquilizador de su experiencia. Y de este modo Dios se convierte en ídolo.

Quisiera añadir que a esto también sucumbe el que considera al misterio como tal misterio, pero después establece él mismo el camino para llegar a él: fijar el camino es como definir su término último.

En resumen, es históricamente inevitable que el hombre identifique en determinados momentos el absoluto con una imagen suya. La historia del pensamiento humano es como un gran documental de esta caída que se ha producido de modo explícito o implícito, teórico o práctico, establecida por una teoría o vivida en un momento, en una hora concreta.

Siguiendo la Biblia hemos señalado las consecuencias que esto tiene: la vida entendida como violencia y corrupción. En efecto, las relaciones a través de las cuales el hombre intenta asumir este inmenso cuerpo suyo que es el universo, las relaciones con las que el hombre se lanza a la búsqueda y a la posesión del «tú», es decir, de los demás, de las otras personas: todo esto se afronta desde un punto de vista particular, conforme a una medida propia, y no según la medida que deriva de nuestro nexo con lo absoluto. Así el hombre se mutila a sí mismo, mutila al otro y mutila las cosas; y crea imágenes anormales, con formas esquizofrénicas. «Infeliz de mí —dirá san Pablo— ¿quién me librá de esta situación mortal?».<sup>1</sup>

•

El anhelo de una «redención», de una seguridad de rumbo para atravesar el piélago del significado, había sido proféticamente expresado cuatro siglos antes de Cristo en el *Fedón* de Platón. Lo hemos visto hace poco. En el límite de la experiencia de la vida, cuando la conciencia sufrida y apasionada de la existencia llega a su límite, a pesar del hombre mismo, se libera ese grito de la humanidad más verdadera que es como una súplica, como un gesto de mendicidad. Se abre la gran hipótesis: «a menos que no se pueda hacer la travesía sobre un transporte más sólido, con ayuda de la palabra revelada de un dios».

Hablando con propiedad, puede decirse que ésta es la hipótesis de la *revelación*. La palabra revelación tiene un sentido lato, más amplio y genérico: el mundo es revelación de Dios, del misterio. La realidad es un signo, interpretando el cual la conciencia del hombre percibe la existencia del misterio. En este sentido el mundo es estructuralmente revelación de Dios: la interpretación de la estructura dinámica de las cosas en su relación con el hombre lleva a éste a reconocer la presencia de un «Más allá».

Pero en su sentido exacto, la «revelación» no es el término de una *interpretación* que el hombre

---

<sup>1</sup> Cf. Rm 7,24

haga de la realidad, un resultado que logre la naturaleza del hombre en busca de su significado; por el contrario, se trata de un posible *hecho real*, de un eventual acontecimiento histórico. Un hecho que el hombre puede reconocer o no. Judas no lo reconoció; y la mayoría de los que lo vieron no lo reconocieron.

Que Dios entrara de algún modo en la historia del hombre como un factor interior a esa historia —no como un término último que está más allá de las apariencias que el hombre debe atravesar, sino como una presencia dentro de la historia—, que hablara como habla un amigo, un padre o una madre: ésta es la clase de revelación que anhelaba el *Fedón* de Platón. Esta es la hipótesis excepcional, la revelación en sentido estricto: el desvelarse del misterio por medio de un factor de la historia, con el cual, en el caso del cristianismo, se identifica.

«La curiosidad de los hombres explora pasado y futuro  
y se aferra a esa dimensión. Pero aprehender  
el punto de intersección de lo intemporal con el tiempo, es  
una ocupación para el santo,  
no una ocupación tampoco, sino algo dado  
y tomado, en una muerte de toda una vida en amor,  
ardor y olvido de sí y entrega de sí mismo»<sup>2</sup>

*Ante todo*, semejante hipótesis es *posible*. A María, que preguntaba «¿Cómo será posible?», el Ángel le responde: «A Dios nada le resulta imposible»<sup>3</sup>. Negar la posibilidad de esta hipótesis es la última y más extrema forma de idolatría, el intento extremo que lleva a cabo la razón para imponer a Dios una imagen propia. Porque, si Dios es el misterio, ¿cómo puede dictársele lo que puede y lo que no puede hacer?

En *segundo lugar*, esta hipótesis es extremadamente *conveniente*. Conveniente es toda hipótesis que encaje con el deseo del hombre, que sea apta para su corazón y adecuada a la naturaleza del hombre. Sumamente con-veniente será una respuesta a su espera normalmente inconsciente. En esta hipótesis Dios ciertamente no suprime la libertad operativa del hombre, sino que la posibilita, porque el error y el cansancio que caracterizan al hombre constituyen un límite para su libertad efectiva de obrar.

Una vez, siendo niño, me perdí en un bosque enorme; durante hora y media o dos horas estuve corriendo, y me introducía cada vez más en la parte densa de la maleza sin encontrar un camino de salida. Cuando el sol empezó a ponerse el terror se adueñó de mí, y entonces comencé a chillar. Quién sabe durante cuanto tiempo grité. De repente, en medio de la oscuridad, oí una voz que me respondía. Experimenté una liberación indecible. En aquel momento yo empleé toda mi energía humana de acuerdo con el fin para el que había sido hecha; pude recuperar mi libertad de obrar, y los pies se movieron hacia la salvación. ¡Aquella voz no fue una sustitución, no fue una eliminación de mi persona! Es terrible que, en una circunstancia de este género, el hombre prefiera muchas veces gritar desesperadamente, rechazando la posibilidad de que una voz le traiga ayuda. Es verdad lo que afirma Horkheimer: «Sin la revelación de un dios, el hombre no conseguirá encontrarse a sí mismo»<sup>4</sup>.

En *tercer lugar*, hay *dos condiciones* que esta hipótesis debe respetar, porque fuera de ellas no sería una hipótesis aceptable:

a) Para ser una verdadera *revelación*, una palabra nueva además de lo que el mundo ya dice a nuestro corazón indigno y a nuestra inteligencia indagadora, tiene que ser una palabra *comprensible* para

<sup>2</sup> T. S. Eliot, «Las Dry Salvages », V, de *Cuatro cuartetos*, en *Poesías reunidas 1909-1962*, op. cit., p. 210.

<sup>3</sup> Lc 1,34-17.

<sup>4</sup> Cf. M. Horkheimer, *Rivoluzione o libertà?*, Rusconi Editore, Milán 1972, p.56

el hombre. Por eso, en sentido estricto, la revelación, para ser tal, para añadir algo a la revelación enigmática del mundo, debe traducirse en términos comprensibles para nosotros. De otro modo sería como un ultrasonido, sería como si no existiera.

b) Pero Dios traducido en términos comprensibles, ¿no sería una idolatría? No obstante verse traducida en términos humanos, el resultado de la revelación debe ser una profundización en el misterio en tanto que misterio. Su resultado no puede ser una reducción del misterio, de manera que el hombre pueda decir «Ya he entendido», sino una profundización del misterio mismo. Por tanto, así se le conoce, pero se le conoce cada vez más como misterio.

Por ejemplo: el mundo y mi vida dependen de Dios. Y esto es verdad. Pero, si en lugar de la palabra enigmática «misterio», como sugiere la realidad, usamos la palabra «Padre» como nos sugiere la revelación, entonces tendremos delante un término muy comprensible de nuestra experiencia: es padre quien me da la vida, quien me ha introducido en la belleza de las cosas, quien me ha puesto en guardia ante los posibles peligros. Pues bien, el Absoluto, el Misterio, es Padre; es más, «tam pater nemo», tan padre como Él, ninguno. Esto, que Cristo ha desvelado, no disminuye la dimensión del Absoluto, sino que profundiza de hecho nuestro conocimiento del misterio: ¡Padre nuestro que estás en los cielos, Padre nuestro que estás en lo profundo, en la raíz de mí mismo, que me estás haciendo en este instante, que engendras mi camino y me guías hacia el destino! No puedes retraerte ya después de haber oído esta palabra de Dios, no puedes volverte atrás. Pero al mismo tiempo permanece siendo misterio, y permanece con más profundidad: Dios es padre, pero es padre como nadie más es padre. El término revelado lleva el misterio más adentro de ti, más cerca de tu carne y tus huesos, y lo sientes verdaderamente tan familiar como lo siente un hijo. No hay nadie que respete tanto el sentido de la verdad y que tenga tanta devoción por su padre como aquél cuyo padre es un verdadero y gran familiar.

La imposibilidad de que se produzca una revelación es el dogma fundamental del pensamiento de la Ilustración, el tabú que ha predicado toda la filosofía liberal y sus herederos materialistas. La afirmación de esta imposibilidad es el intento extremo que la razón puede llevar a cabo para dictar ella misma la medida de la realidad y, por consiguiente, la medida de lo que es posible y lo que es imposible en la realidad.

Pero la hipótesis de la Revelación no puede ser destruida por ningún prejuicio ni por ninguna opción que se pueda tomar. Porque plantea una cuestión de hecho, a la que la naturaleza de nuestro corazón está abierta originalmente. Es necesario, para que la vida alcance su objetivo, que esta apertura permanezca como algo determinante. El destino que tenga el «sentido religioso» está totalmente ligado a ella.

Ésta es la frontera de la dignidad humana: «Aunque la salvación no llegue, quiero ser digno de ella en todo momento»<sup>5</sup>.

---

<sup>5</sup> La frase es de Franz Kafka y está tomada de G. Janouch, *Colloqui con Kafka*, Aldo Martello Editore, Milán 1964, p. 79.